



Lám. 47. Interior de la capilla mayor del Monasterio de Santa María de Bonaval, Retiendas, Guadalajara. Principios del s. XIII.

LOS MONASTERIOS CISTERCIENSES Y EL ROMÁNICO EN LA ALCARRIA

DR. JOSÉ ARTURO SALGADO PANTOJA

Universidad de Castilla-La Mancha

Josearturo.salgado@uclm.es

Resumen: Monsalud, Bonaval y Óvila fueron las principales fundaciones del Císter en las tierras de Guadalajara. Nacidas en la segunda mitad del siglo XII, bajo el patrocinio de Alfonso VIII, la construcción de sus definitivas iglesias y dependencias se produjo en el tránsito entre dicha centuria y la siguiente. Los majestuosos edificios resultantes, erguidos en un territorio aún inmerso en pleno proceso de repoblación, se convirtieron durante buena parte del siglo XIII en un importante referente para los escultores y canteros que levantaron las iglesias parroquiales de las nacientes aldeas comarcanas.

Palabras clave: Císter, Monasterios, Románico, Arquitectura, Alcarria.

CISTERCIAN MONASTERIES AND ROMANESQUE ARCHITECTURE IN LA ALCARRIA

Abstract: *Monsalud, Bonaval and Óvila were the most important Cistercian settlements in the province of Guadalajara. They were born in the second half of the 12th century, under the patronage of Alfonso VIII, but its definitive churches and dependencies were built between later 12th and early 13th centuries. These splendid constructions, erected in a region immersed in the Christian repopulation process, became a significant reference for the artists who built the Romanesque parish churches of the nearby villages during the 13th century.*

Keywords: *Cister, Monasteries, Romanesque, Architecture, Alcarria.*

Corría el día de San Vicente de 1124. De pronto, el ondulante paisaje se despejaba ante los ojos de don Bernardo de Agén revelando el joven cauce del Henares, y a su vera, el caserío de Sigüenza. El clérigo francés llegaba allí en calidad de obispo electo, con el firme propósito de restablecer el episcopado que

ya ostentasen remotos mitrados visigodos como Protógenes.¹ Larga y fructífera fue su prelatura, aunque las obras de la flamante catedral no dieron comienzo hasta la segunda mitad de la centuria, en tiempos de Pedro de Leucate. Nada tiene de extraño este hecho, habida cuenta de que la cristianización del área circundante avanzaba lenta, casi flemática, tal y como demuestra la donación a la Iglesia seguntina del cercano y desolado caserío de Aragosa, por orden real y en 1143, para proceder sin demora a su repoblación.²

Dos o tres jornadas al Sur, la comarca de la Alcarria se hallaba en una posición aún más insegura. Afirmaba el propio don Bernardo en 1144 que todas las tierras allende el Tajo eran de sarracenos,³ y todavía tres décadas después la localidad de Huete había de soportar una campaña de castigo liderada por el ejército almohade.⁴ Alfonso VIII, sabedor de la frágil situación de este territorio, tomó entonces unas hábiles decisiones, entre las que cabría destacar la entrega de las fortificadas Zorita y Almoguera con sus respectivos alfores a la Orden Militar de Calatrava, a fin de asegurar su repoblación y defensa. Poco después, en 1177, el de Las Navas consumaba la toma de Cuenca, y con ella, el vacilante limes iniciaba un progresivo traslado hacia el Sur.⁵

Urgida por afianzar esa franja entre el Tajo y el Guadiela, la Corona procuró unas ventajosas condiciones a quienes optasen por instalar allí sus moradas, contribuyendo al arraigo de unos núcleos vecinales permanentes. Con idénticas miras, los monarcas entregaron a diversos agentes nobiliarios y eclesiásticos importantes señoríos territoriales, y ampararon la instalación de órdenes monásticas que asumiesen desde sus casas un papel activo en la repoblación.⁶ Así fue, pues a menudo los monjes sumaron a sus obligaciones religiosas otras labores como la roturación de yermos, el control de los recursos hídricos o la enseñanza de técnicas de explotación agropecuaria a los colonos.

Muy representativa en el ámbito de la Alcarria fue la Orden del Císter.⁷ La ejemplaridad moral de los monjes bernardos, pero ante todo su acreditada labor cultural y social, fueron incentivos suficientes para que Alfonso VIII les

¹ MUÑOZ PÁRRAGA, María del Carmen, 1987, pp. 28-29.

² MINGUELLA Y ARNEDO, Toribio, 1910-13, vol. I, pp. 82-83.

³ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, 1975, vol. I, p. 160.

⁴ *Ibidem*, vol. I, p. 190.

⁵ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, 1960, vol. II, pp. 329-330. BALLESTEROS SAN JOSÉ, Plácido y MURILLO MURILLO, Ricardo, 1985, pp. 94-95.

⁶ IZQUIERDO BENITO, Ricardo, 1985, pp. 49-54.

⁷ GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel y TEJA CASUSO, Ramón, 2008.

rindiera sobradas muestras de magnificencia. Gracias a ello nacieron los monasterios de Monsalud y Óvila, en las proximidades del río Tajo, mientras que en la amena ribera del Jarama, ya en los empiezos de la Sierra Norte, se emplazó Bonaval. No muy lejos de los extremos alcarreños, las modestas fundaciones de la rama femenina en Buenafuente del Sistol, lugar ocupado primeramente por canónigos agustinos, y Pinilla de Jadraque, también hunden sus raíces en la primera mitad del siglo XIII.⁸

MONSALUD, BONAVAL Y ÓVILA: FUNDACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE LOS MONASTERIOS

Los datos sobre el origen de Monsalud, Bonaval y Óvila resultan confusos, ya sea por la escasez de documentos conservados o por los desconcertantes bailes de fechas que manifiestan algunos de ellos. Dejando a un lado el debate sobre la autenticidad de dicha información, lo que parece evidente es que entre la fundación de estos monasterios y su ejecución arquitectónica existió un intervalo de tiempo, difícil de precisar, durante el cual los monjes se esforzaron en hallar el lugar idóneo para la instalación definitiva de sus respectivos cenobios. Esta práctica, lejos de ser anecdótica, resultó común en la Edad Media y está documentada en numerosas abadías del Císter, entre ellas las mismísimas de Clairvaux y Le Thoronet.⁹

Hay noticia de que los hermanos de Monsalud llegaron al emplazamiento actual, a tiro de piedra de Córcoles, luego de habitar varios años en un paraje próximo a Auñón. Los de Óvila, por su parte, mudaron su residencia unos kilómetros río abajo, abandonando el lugar de Murel tras al menos un lustro de estancia. La instalación de unos y otros en los lugares hoy conocidos tuvo lugar hacia 1167¹⁰ y 1186¹¹ respectivamente, tal y como demuestran las donaciones suscritas por el arcediano de Huete, en el caso de Monsalud, y por el propio rey, en el de Óvila. Estas generosas dádivas fueron finalmente determinantes para el asentamiento de los monjes, aunque dado el usual proceso de inspección y

⁸ VILLAR ROMERO, María del Carmen, 1978, pp. 92-98. RUIZ MONTEJO, Inés, FRONTÓN SIMÓN, Isabel y PÉREZ NAVARRO, Francisco Javier, 1992, p. 241. CASAS CASTELLS, Elena, 1997, pp. 221-242. DAZA PARDO, Enrique, 2002, pp. 41-44. COMUNIDAD DEL MONASTERIO CISTERCIENSE DE LA MADRE DE DIOS, 1995.

⁹ DUBY, Georges, 1981, pp. 93-97 y 108-109.

¹⁰ ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente Ángel, 1978, pp. 111-114. DÍAZ IBÁÑEZ, Jorge, 1995, pp. 364-369; docs. 1-2, pp. 432-434.

¹¹ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, 1960, vol. III, pp. 21-24.

adecuación del terreno antes de su ocupación a perpetuidad, es probable que las labores constructivas no se iniciasen hasta pasados unos años.

La aludida itinerancia resultaba viable debido a que las comunidades solían recibir sus primitivas posesiones territoriales *velut precarium*, es decir, sin plena propiedad sobre ellas. Transcurrido un tiempo prudencial, durante el que se corroboraba la idoneidad del sitio, el rey o quien procediese en cada caso, confirmaba y a menudo acrecentaba el patrimonio del monasterio. Este hecho, presumible en los casos citados con anterioridad, está demostrado en el de Bonaval, que recibió la ratificación de Alfonso VIII en 1175, once años después de su fundación en precario.¹²

Dicho todo lo anterior, parece conveniente encuadrar el desarrollo de las primeras campañas edificativas en estos enclaves cistercienses entre el último cuarto del siglo XII y el primer tercio del XIII. Esta propuesta cronológica, apuntalada por el propio escenario fundacional, concordaría bien con la que han planteado los investigadores que hasta la fecha han abordado el estudio de estos tres conjuntos arquitectónicos.

De los casos analizados es Monsalud el que presenta un mayor apego a la tradición románica. Su iglesia posee tres ábsides rematados en hemiciclo, dispuestos de forma escalonada, y un potente crucero rasgado al Sur por un rosetón lobulado y una portada con cinco arquivoltas de medio punto sobre jambas lisas. Todo este sector oriental está coronado por canecillos de rollos y nacela, mientras que el paramento de la capilla mayor cuenta con esbeltas columnas y tres alargados ventanales. Los brazos del transepto y los absidiolos se cubren con cañón apuntado, mientras que en el resto de la obra se observan nervaduras. Sustentan las tres naves unos gruesos pilares compuestos, que reciben el apoyo de los fajones y formeros ojivales con sus respectivos capiteles lisos o foliáceos, haciendo ostensible un atípico resultado derivado por la culminación del proyecto con unas imprevistas bóvedas de crucería.¹³

Un acceso apuntado permite el paso al claustro, remodelado por completo en el siglo XVI. De las dependencias adosadas a sus crujías, la más significativa es la sala capitular, hecha a principios del siglo XIII. Su interior presenta

¹² ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente Ángel, 1978, pp. 85-87. JURADO SERRANO, Francisco, 1990. BAU FORN, Asunción, 1999, pp. 353-355.

¹³ ABAD CASTRO, Concepción, 1990, pp. 57-58. RUIZ MONTEJO, Inés, FRONTÓN SIMÓN, Isabel y PÉREZ NAVARRO, Francisco Javier, 1992, pp. 34-38. DÍAZ IBÁÑEZ, Jorge, 1995, pp. 400-404. HERRERA CASADO, Antonio, 1997, p. 70. SANTIAGO FERNÁNDEZ, Javier de, 2012, pp. 67-96.



Lám. 48. Vista sureste del Monasterio de Santa María de Monsalud, Córcoles, Guadalajara. Último cuarto del s. XII-principios del s. XIII.

seis tramos con crucería, sustentados mediante columnas con cestas fitomorfas, fuste cilíndrico y ábaco y basas octogonales. Procuran acceso a la estancia tres arcos apuntados de severa austeridad, junto a los que se descubren los epitafios del maestre calatravo Nuño Pérez de Quiñones (†1202) y el comendador Sancho de Fontova (†1263). La inhumación de estos freires en Monsalud es un testimonio fidedigno de las estrechas relaciones entre dicha orden militar y el Císter: no en vano, Alfonso VIII donó Monsalud con todos sus términos a los caballeros de Calatrava en 1174.¹⁴

El templo de Bonaval, resguardado entre la tupida fronda, responde en gran medida a una obra realizada a partir de 1200 bajo un vocabulario más próximo al gótico. Consta como el anterior de tres cortas naves e idéntico número de

¹⁴ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina y PÉREZ VILLAMIL, Manuel, 1903-15, vol. II, p. 237. PÉREZ ARRIBAS, Andrés, 1978, p. 88. DÍAZ IBÁÑEZ, Jorge, 1995, pp. 386-389.

ábsides, si bien el remate poligonal del central y las formas rectas de los laterales dotan a la cabecera de un aspecto compacto, alejado de la herencia benedictina y bien adaptado al sistema de abovedamiento. Este se materializa con crucería en naves y cabecera, y cañón apuntado en los brazos del crucero, aunque varios tramos han colapsado. Idéntica suerte corrió uno de los pilares, aunque en los cinco conservados se aprecia el adosamiento de medias columnas con capiteles de estilizadas hojas y cogollos.¹⁵

Cuatro columnas pautan el ábside central, horadado además por tres vanos apuntados decorados con cestas vegetales y puntas de diamante. Este ornato se reproduce en la cara externa, aunque aquí los baquetones son reemplazados por contrafuertes que recalcan la forma poligonal de la estructura. Unos canes fitomorfos ocupan la cornisa, mientras que en el testero del absidiolo septentrional aparece un ventanal idéntico a los anteriores. Muy significativa es también la fachada Sur del crucero, sobre la que en tiempos se elevaba el campanario. La portada apuntada que se abre en ella, que es un magnífico ejemplo del tránsito hacia el gótico, se forma con un conjunto de arquivoltas molduradas, chambrana de puntas y capiteles de flora naturalista. Por encima de este vano se dispone una preciosa y aguda ventana en cuya rosca se esculpió una bella labor a base de lóbulos calados.

Finalmente, la construcción de Óvila comenzó en las postrimerías del siglo XII, prolongándose durante los inicios del siguiente. Según un manuscrito anónimo de la Colección Salazar, la primitiva iglesia de tres naves y cinco capillas fue concluida en tiempos de Enrique I.¹⁶ este dato validaría la hipótesis, suscrita por algunos autores, de que la visita de Martín de Finojosa en 1213, sabedor de su pronta muerte, se habría producido con motivo de la consagración.¹⁷

Nada queda del suntuoso templo que conociese el santo abad de Huerta, y muy poco del que lo sustituyese en el siglo XVI, ya que sus elementos más significativos y gran parte de las dependencias medievales fueron desmanteladas por orden del cazador de tesoros Arthur Byne. De lo que fueran las crujiás del

¹⁵ RUIZ MONTEJO, Inés, FRONTÓN SIMÓN, Isabel y PÉREZ NAVARRO, Francisco Javier, 1992, pp. 43-45. HERRERA CASADO, Antonio, 1997, p. 62. BAU FORN, Asunción, 1999, pp. 409-412. VALIENTE OCHOA, Esther, 2015.

¹⁶ LAYNA SERRANO, Francisco, 1998, p. 52 y ss.

¹⁷ La noticia recogida en el siglo XVII por Crisóstomo Henríquez, cronista de la Orden del Císter, es más escueta: *Rediens vero ex visitatione Monasterii de Ovila, in ipso itinere piissime obiit, cum ante aliquot dies mortem suam jam instate divina revelatione cognovisset*. Cit. MINGUELLA Y ARNEDO, Toribio, 1910-13, vol. I, p. 173.

claustro apenas restan los vestigios de algunas de las estancias orientales, como la llamada sacristía vieja, mientras que al lado opuesto descuella la gigantesca cilla abovedada, hoy reconvertida en garaje. Estructuras de incalculable valor como la sala capitular sufrieron un calamitoso traslado a California en la década de 1930, mientras que el refectorio o el dormitorio, cubiertos por imponentes ojivas, desaparecieron para siempre.¹⁸

EL ROMÁNICO ALCARREÑO, AL CALOR DEL FENÓMENO REPOBLADOR

La consolidación del tejido aldeano en el territorio alcarreño corría paralela a la edificación de estas iglesias monásticas.¹⁹ El cese definitivo de las hostilidades, consumado en las últimas décadas del siglo XII, había posibilitado que los colonos desplazados hasta aquel sinfín de oteros y vallejos levantasen unos asentamientos más prósperos y estables, a menudo aprovechando el solar de las viejas casares y alquerías. La Corona, los señores laicos y eclesiásticos, los pujantes concejos y los citados monasterios brindaban la tutela y el amparo pertinentes, mientras que las profusas fuentes, dehesas y tierras de cultivo proveían unos recursos suficientes para la subsistencia: de tal modo, el progreso de dichas poblaciones se hizo notorio en un corto espacio de tiempo.

Una vez zanjado lo terrenal, o al menos lo más urgente, se abordaron las cuestiones de índole espiritual. Cabe suponer que los núcleos cristianos nacidos a lo largo del siglo XII, aún en un contexto de frontera, se habían tenido que conformar en primera instancia con unos improvisados espacios de culto, o en todo caso, con templos muy discretos, hechos sin grandes esmeros ni pretensiones. La situación no daba para mucho más. Empero, la nueva coyuntura imperante en las proximidades de 1200, definida por una mayor bonanza y seguridad, despejó finalmente el camino para la edificación de unas iglesias parroquiales de fábrica digna, concebidas para perdurar.

A la luz de esta afirmación cabría preguntarse acerca del arcaizante ornato que se desplegó sobre un buen número de pilas bautismales, a base de geométricos roleos o arcos de herradura. Estos diseños, sin parangón en los edificios románicos de la comarca, se labraron en los ejemplares de Gualda, Henche, Las Inviernas, Picazo y el despoblado de Aranz, alcanzando también otras localidades más alejadas como Ablanque, Armallones, Luzaga, Sacecorbo, Saúca y

¹⁸ MERINO DE CÁCERES, José Miguel, 2007, pp. 74-78.

¹⁹ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina, 1894. MONEDERO BERMEJO, Miguel Ángel, 1982.

Pozancos. A falta de un estudio específico sobre este aspecto, los interrogantes están servidos: ¿caso fueron esculpidas estas pilas varias décadas antes de la erección de las definitivas iglesias románicas? ¿Formaron en su origen parte del mobiliario litúrgico de aquellos primitivos y efímeros lugares de culto, quedando más tarde integradas en los templos levantados en los inicios del siglo XIII?

Tan tardías como singulares, las iglesias que iban edificándose en las poblaciones de la Alcarria no podían ser hijas de una tradición arquitectónica vernácula, ya que el dominio andalusí había permanecido inmutable en la zona durante las cuatro centurias anteriores. Tampoco eran el fruto de una propagación estricta de los modelos norteños, aunque estos se conocían y en ocasiones eran reproducidos o versionados. Por norma, la disposición planimétrica y la configuración de la caja de muros obedecían a las fórmulas conservadoras, y los materiales empleados en la construcción no eran otros que los disponibles a pie de obra. Sin embargo, la mayoría de estos edificios románicos gozaban asimismo de características, estructurales y decorativas, que emanaban del nuevo lenguaje artístico plasmado en los monasterios del Císter.²⁰

Estas abadías eran los ejemplos más inmediatos y paradigmáticos de arquitectura cristiana, sino los únicos, en aquella Alcarria del 1200.²¹ Como no podía ser de otro modo, los soberbios templos de Monsalud y Óvila, e incluso el más lejano de Bonaval, no solo fascinaron a los artífices de las parroquiales comarcanas, sino que a menudo se convirtieron en sus principales ejemplos de inspiración o referencia. Y es que a pesar de las limitaciones económicas y técnicas con las que llevaban a cabo su labor, estos canteros y escultores supieron plasmar en el ámbito aldeano, con humildad y eficacia, algunos conocimientos adquiridos gracias a la contemplación o, quizá, el trabajo directo en aquellos monasterios.

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS TEMPLOS, ENTRE LA TRADICIÓN Y LAS NUEVAS FORMAS

Los sillares que componían los muros de las iglesias monásticas, escuadrados y aparejados con celo, resultaban un lujo casi inaccesible para los artífices de

²⁰ NIETO TABERNÉ, Tomás, ALEGRE GARCÍA, Esther y EMBID GARCÍA, Miguel Ángel, 1991, pp. 34-35.

²¹ En el periodo que separa la etapa visigoda y el siglo XII, las únicas muestras posibles de arquitectura cristiana en la comarca son varias decenas de construcciones rupestres, comúnmente consideradas eremitorios. Solo algunas han sido convenientemente estudiadas hasta la fecha: MUÑOZ JIMÉNEZ, José Miguel, 1998-1999, pp. 439-455.



Lám. 49. Cabecera de la iglesia de Villaescusa de Palositos, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

las parroquias aldeanas. Dado su alto coste, lo habitual es que en estos casos se reservase dicho material para elementos específicos como los vanos, cornisas y esquinas, efectuándose todo lo demás con mampostería. Esta circunstancia, sin embargo, no impidió que puntualmente se emplease una espléndida cantería isódoma para la construcción de algunos ábsides, lográndose así el doble objetivo de robustecer la principal o única estructura abovedada y, a la vez, dignificar el espacio más sagrado del templo.

Se elevaron así recias cabeceras redondeadas como las de Gárgoles de Arriba y La Puerta, obras de buena cantería que, como ya se hiciera en Monsalud y quizá en Óvila, recibieron el adosamiento a su paramento externo de unas columnas con sus respectivas basas y cestas. Esta forma de articular y ornamentar los testeros fue también practicada en Villaescusa de Palositos, donde además se instaló un vano con potente chambrana y rosca ribeteada con boceles. Nada se sabe acerca del *Gilhem* que firmó en un sillar esta iglesia, pero parece evidente que tanto él como la cuadrilla que dirigía no solo conocían la cabecera de la abadía de Córcoles, sino que trasladaron a esta modesta empresa elementos inspirados en la misma.²²

Las columnas decorativas se aplicaron asimismo sobre cabeceras de mampuesto y factura muy popular como la de Cereceda, mientras que en otros casos, como los de Hontoba y Valdeolivas, se dispusieron formando haces triples de aspecto más opulento. Por su parte, en Santa María de la Peña de Brihuega y

²² SALGADO PANTOJA, José Arturo, 2017, p. 166. SALGADO PANTOJA, José Arturo, 2018c, pp. 267-269.



Lám. 50. Arcos diafragma en la nave de la iglesia de Henche, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

en Cifuentes se construyeron unos gruesos contrafuertes para reforzar y remarcar los vértices de la cabecera poligonal, y se instalaron nervaduras y alargados vanos a la manera de Bonaval.

Las capillas mayores se cubrieron usualmente con bóvedas de cañón, limpias y sencillas, si se excluyen las ya citadas de Brihuega y Cifuentes, situadas en los albores del gótico, o las inusuales nervaduras sobre capiteles pinjantes de la capilla calatrava de Zorita de los Canes. Las naves, por su parte, se cerraron con armaduras de madera que en ciertas ocasiones podían recibir el refuerzo de unos arcos diafragma de sillería. Esta peculiar propuesta, que fue recurrente en estancias monásticas de gran anchura como el desaparecido dormitorio de Óvila,²³ y que se practicó asimismo en el salón noble del castillo de Brihuega o en algunas dependencias claustrales de la seo seguntina, también se llevó a cabo en parroquiales de modesta fábrica como las de Carrascosa de Tajo y Henche.

²³ LAYNA SERRANO, Francisco, 1998, p. 63.



Lám. 51. Ruinas de la iglesia del despoblado de Ferruñuela, Brihuega, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

El vano apuntado, tan característico en la arquitectura del Císter, logró un notabilísimo éxito en la Alcarria, hasta el punto de predominar sobre la tradicional forma de medio punto. Su agudo perfil fue el preferido a la hora de elevar los arcos triunfales, dando como resultado versiones muy sobrias como las de Morillejo, el despoblado de Ferruñuela y la ermita de Recópolis, u otras más complejas y decoradas como las que se pueden observar en los templos de Yela y Brihuega o en la ermita de Albalate. También fue común en las vecinas tierras de la Serranía, como aún queda de manifiesto en Padilla del Ducado, Jodra del Pinar y los despoblados de Portilla y El Villar del Gato.²⁴

Las sobrias arquivoltas de estos arcos que conectaban la nave y la capilla mayor, embellecidas con nacelas o boceles en el mejor de los casos, concordaban bien con la medida de los pilares o las columnas con capiteles foliáceos que les servían de

²⁴ SALGADO PANTOJA, José Arturo, 2017, pp. 126-127.



Lám. 52. España y cabecera de la iglesia de Hontoba, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

sustento. Otro aspecto reseñable es que el potente paramento donde fueron abiertos, hecho de sillería, a menudo actuaba como base de las primitivas espadañas o torres, cuyos cuerpos de campanas eran accesibles mediante escaleras de caracol embutidas en el muro o en husillos. Los casos mejor conservados se hallan en Hontoba y la ermita del castillo de Zorita, aunque existen evidencias de otros en Pastrana y La Puerta, en la iglesia vieja de Valfermoso de Tajuña y en las arruinadas de Ferruñuela y La Golosa.²⁵ Casualidad o no, cabe indicar que los tres monasterios aquí referidos también tuvieron sus campanarios sobre la zona del presbiterio.

LAS PORTADAS Y EL ORNATO EXTERIOR: EL TRIUNFO DE LA AUSTERIDAD

Los monasterios cistercienses se erigieron con un claro objetivo de perdurabilidad y, por ende, sus artífices no escatimaron a la hora de utilizar los mate-

²⁵ GARCÍA LÓPEZ, Juan Catalina, 1906, vol. I, fols. 119r-v y vol. II, fol. 26v. ABASCAL PALAZÓN, Juan Ramón, 1980, pp. 277-278. ALEGRE CARVAJAL, Esther, 2003, pp. 30-31.

riales de mejor calidad y los recursos técnicos más convenientes. No eran obras que destacasen por la humildad desde la perspectiva constructiva, cierto es, pero sin embargo sus programas decorativos sí recogían con total fidelidad el ascetismo preconizado por el discurso de San Bernardo, emanando una sobriedad ajustada sin fisuras al propio espíritu de la orden.

La consiguiente desnudez ornamental, pese a no ser en absoluto preceptiva fuera del recinto monástico, permeó con intensidad en el arte sacro, parroquial, de algunas comarcas como la que aquí se analiza. De tal modo, y mientras que en las muchas aldeas del tercio Norte hispano siguieron esculpiéndose ventanales, arquivoltas, tímpanos o capiteles de notable factura, y no pocas veces repletos de un sinfín de figuras y detalles, las iglesias alcarreñas de principios del siglo XIII fueron concebidas con una deliberada severidad plástica, que difícilmente podría ser explicada sin tomar en consideración los mencionados referentes cistercienses.

Esta escueta decoración se concentró por completo en las cornisas y vanos, sin olvidar el ya aludido espacio interno de la capilla mayor. Las primeras solían ajustarse a un repertorio muy limitado, integrado por aleros levemente moldurados y canecillos sobre los que raras veces se cincelaban rostros o animales, y más a menudo esquemáticos vegetales o perfiles geométricos. Cavetos, proas de nave y rollos fueron los más recurrentes, y hubo no pocas ocasiones en que esta ausencia de figuración copó por completo el cornisamento de los templos aldeanos, de forma análoga a lo que ya había sucedido en las cabeceras de Bonaval, Monsalud y, probablemente, Óvila.

Finas saeteras y de vez en cuando un óculo proporcionaban una comedia iluminación a estos edificios, si bien la mayor cantidad de luz penetraba por los vanos absidiales. Estos solían ser igualmente discretos, muy pequeños y convenientemente abocinados, aunque hubo ocasiones, como se puede ver en las iglesias de las principales villas, o en aldehuelas como Cereceda y La Puerta, en los que se sustituyeron las finas aspilleras por vanos de medio punto sustentados con capiteles fitomorfos.

Algo más variadas por su aspecto y adorno fueron las portadas. Por lo que a su construcción respecta, y al igual que sucedía en los arcos triunfales, hubo una preferencia por la morfología apuntada, sobre todo en la parte central y meridional de la comarca. Por el contrario, en las tierras de la Alcarria Alta, sometidas en el Medievo al influjo de otros grandes focos artísticos como Atienza o Sigüenza, siguieron prevaleciendo los accesos de medio punto durante las primeras décadas del siglo XIII.



Lám. 53. Portada de la iglesia de Escopete, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

Desde la perspectiva plástica, y como cabría esperar, estos vanos se solucionaron de formas variadas, aunque casi siempre dentro de unos parámetros fáciles de definir: las arquivoltas eran lisas o con alternancias cóncavas y convexas, mientras que en los derrames se disponían jambas prismáticas o columnas con sus respectivos capiteles. Estos últimos, que salvo rarísimas excepciones eran foliáceos, podían reflejar plantillas muy sumarias, con superficies lisas acompañadas de volutas y leves escotaduras, pero en otras ocasiones revelaban ejecuciones de clara tendencia naturalista. Ambas versiones, como cabría esperar, estaban bien representadas en los pilares, ventanales y accesos de los monasterios alcarreños.



Lám. 54. Portada de la iglesia de Córcoles, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

Los ejemplos más humildes, dentro de la tipología ojival, se componían de una o dos arquivoltas lisas o sutilmente molduradas, y descansaban en pilares prismáticos: así se hicieron los conquenses de Mariana, Pajares y Ribatajadilla, y los guadalajareños de Hueva, San Andrés del Rey y El Collado de Berninches. También el de la antigua iglesia de Morillejo, una aldea que fue repoblada por orden del abad Esteban de Óvila en el año 1187.²⁶ Estos modelos podían depurarse o enriquecerse con la inclusión de detalles comunes en los repertorios

²⁶ YÁÑEZ NEIRA, Damián, 1986, pp. 138-140.



Lám. 55. Portada de la iglesia de Viana de Mondéjar, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

plásticos del Císter: así, en Albalate de las Nogueras se cincelaron dientes de sierra y en Henche pequeños baquetones, mientras que en Ribatajada, Torrecilla y Villaseca se multiplicaron los perfiles moldurados y se colocaron los acostumbrados capiteles vegetales.

Mención aparte merecen los ingresos de Escopete y Albalate de Zorita, donde además de las cestas foliáceas, de acusado goticismo en el segundo caso, se encajó una arquivolta calada formada por tres bocelos paralelos unidos entre sí por otros en disposición oblicua.²⁷ No menos interesante es el de la iglesia de Córcoles, donde se insertó una preciosa labor a base de arquillos perforados sobre un bocel. Este diseño, similar al descrito en el ventanal Sur de Bonaval, quedó integrado en el acceso bajo una chambrana con puntas de diamante y pequeños mascarones, y por encima de tres arquivoltas con perfiles cóncavos y

²⁷ SALGADO PANTOJA, José Arturo, 2017, pp. 160-161.



Lám. 56. Portada de la iglesia de La Puerta, Guadalajara. Principios del siglo XIII.

convexos. En los ocho capiteles, de concepción cuasi gótica, se combinaron los crochets de resabio cisterciense con algunos animales dispuestos en parejas.²⁸

No faltaron en el románico alcarreño, como ya se señaló, las portadas de medio punto. Tampoco en los monasterios cistercienses, tal y como demuestran los vanos absidiales o la portada Sur de Monsalud, o el desaparecido ingreso al refectorio de Óvila, inmortalizado por el objetivo de Francisco Layna poco antes de su destrucción.²⁹ La convivencia de los dos modelos fue palmaria en la comarca, e incluso se patentizó de forma muy especial en templos como el de Alcocer, donde se proyectaron dos accesos casi gemelos en los flancos Sur y Norte del aula, pero con la particularidad de que mientras que

²⁸ RUIZ MONTEJO, Inés, FRONTÓN SIMÓN, Isabel y PÉREZ NAVARRO, Francisco Javier, 1992, p. 331.

²⁹ LAYNA SERRANO, Francisco, 1998, p. 65.

el primero se erigió con un remate agudo, el segundo se hizo con su nicho superior redondeado.³⁰

Los ejemplos de esta tipología se compusieron y decoraron según unos parámetros muy similares a los descritos en los ojivales. La moderación imperante se materializó en las arquivoltas a través de boceles y mediascañas, y en ocasiones con las tradicionales puntas de diamante o zigzags. Las columnas de las jambas tenían sus capiteles adornados con las habituales hojas, si bien estas no solo mostraban ejecuciones simétricas y repetitivas, como las de Olmeda del Extremo, Valderrebollo y Viana de Mondéjar, sino también otras de tendencia naturalista. En este último grupo cabría incluir las exquisitas cestas de Alcocer y la pareja situada en el acceso Sur de Carrascosa de Tajo, muy similar a la que flanquea el ingreso de la sacristía vieja de Óvila.

El éxito de los repertorios vegetales relegó a una discretísima posición a las representaciones figurativas, quedando estas reducidas a unas puntuales expresiones en forma de animales, acompañados siempre de las ineluctables hojas y preciosas molduras, en portadas como las de Córcoles y La Puerta. Un centauro, un león y una sirena de factura tan rústica como hilarante fueron esculpidos en el ingreso Norte de Cereceda, mientras que en el opuesto se hizo lo propio con ciertas escenas bíblicas de difícil interpretación.

La intención narrativa sí fue extraordinaria en las portadas de Cifuentes y Millana, erigidas a la usanza románica en un momento avanzado del siglo XIII. Lo excepcional de sus programas iconográficos, sobre todo en el caso de la primera, poco o nada tenían que ver con el vocabulario decorativo propio de este contexto espaciotemporal. Este aspecto caprichoso, y otros detalles como la inclusión de una imagen del obispo Andrés de Sigüenza (1262-1268) en la chambrana cifontina, indujeron a algunos autores a situar ambas obras bajo el mecenazgo de doña Mayor Guillén, amante de Alfonso X y señora de estas tierras hasta su muerte en 1262.³¹

³⁰ LAYNA SERRANO, Francisco, 2001, pp. 191-192. NIETO TABERNÉ, Tomás, ALEGRE GARCÍA, Esther y EMBID GARCÍA, Miguel Ángel, 1991, p. 521.

³¹ HERRERA CASADO, Antonio, 2014, pp. 25-26 y 121-123. CORTÉS ARRESE, Miguel, 2009, vol. I, Guadalajara, p. 368; vol. II, Guadalajara, p. 536.

CONCLUSIONES

La arquitectura cisterciense del siglo XII y principios del XIII es presentada habitualmente como una bisagra en la Historia del Arte; es decir, como un sumando de conceptos, soluciones o elementos arraigados en la tradición románica y otros novedosos que anticipan la llegada del estilo gótico. Este planteamiento parece funcionar relativamente bien cuando se aplica a aquellos contextos geográficos donde ya existía un arte cristiano, implantado y operativo, desde por lo menos los inicios del siglo XII, pero sin embargo evidencia ciertas deficiencias si se intenta hacer extensible a aquellos territorios ibéricos que no fueron afianzados, organizados ni repoblados hasta bien entrada la duodécima centuria.

Este sería el caso de la comarca de la Alcarria, cuya red de iglesias parroquiales, levantadas con escasas salvedades en los contornos de 1200, se erigió al mismo tiempo o incluso después que los monasterios de Monsalud, Bonaval y Óvila. A falta de otros referentes significativos en la zona, dada la inexistencia de una arquitectura cristiana vernácula y la lejanía de otros focos artísticos de importancia, la construcción y sobre todo la ornamentación de estos templos se vieron en gran medida determinadas por las novedades practicadas en aquellos espléndidos conjuntos cistercienses. Fue así como estos se convirtieron en padres —o hermanos mayores—, si se permite la licencia, pero en ningún caso hijos del románico alcarreño.

Dada la magnitud de este fenómeno de filiación, que en la Alcarria no fue puntual sino muy generalizado, cabría ahora preguntarse sobre la posible existencia de casos análogos en zonas geográficas sometidas a una coyuntura histórica pareja. A este respecto, sería interesante extender el análisis a otros territorios de la Extremadura Castellana o, por qué no, a la vecina Comunidad de Calatayud, cuna del Monasterio de Piedra, también con interesantes ejemplos del románico tardío como las iglesias parroquiales de Llumes y Cimballa.³²

³² GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, 2010d, pp. 249-265. GONZÁLEZ ZYMLA, Herbert, 2013a, pp. 20-21.